

Leonel Delgado Aburto

*Dividing the Isthmus.*

Acerca de las historias, literaturas y culturas transnacionales de Centroamérica

Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica

Universidad Centroamericana

[ldelga\\_ni@yahoo.com](mailto:ldelga_ni@yahoo.com)

Son conocidos los problemas metodológicos con que un proyecto de crítica con enfoque centroamericano se enfrenta de inicio. En primer lugar, cómo ofrecer una visión panorámica de Centroamérica en tanto región cultural a través de un discurso que por lo general debe tomar la forma de un libro académico. Son tantos y tan contradictorios los contextos de lo centroamericano que la fragmentación se vuelve o una amenaza o una necesidad, entre otras cosas por la fuerza que han tenido los discursos nacionales, pero también por los problemas de incomunicación, y, no menos importante, la posición marginal de Centroamérica dentro de los discursos latinoamericanos. El mismo concepto de Centroamérica, sea geográfico o cultural, es bastante contradictorio, como todos sabemos. El hecho es que el tipo de discurso que nos ocupa (el del libro académico, en este caso sobre la literatura y la cultura centroamericana) debe presentar con coherencia ante públicos académicos, administraciones educativas y editoriales un producto que sirva de referencia tanto para la investigación como para la enseñanza. Creo que el libro de Ana Patricia Rodríguez logra exitosamente estos dos objetivos, además de ofrecer una versión panorámica muy coherente.

Se diría que este libro recoloca la cultura centroamericana en las coordenadas geopolíticas que definen los territorios y culturas de lo centroamericano, al tiempo que, en una estrategia de contrapunteo, examina las distancias que ante tales límites culturales (geográficos pero ante todo imaginarios) experimentan los sujetos. Esta discordancia nace por

razones ideológicas, o por implosiones o dispersiones diversas y de vario contenido. Pero podría tomarse como eje del libro la imaginación territorial frente al sujeto que está o debería estar en ese territorio y por alguna razón no cumple este requerimiento, o está presente de una forma singular, implosiva, alienada o ajena. Se trata, pues, de una especie de internalización o incorporación de la imaginación territorial a través de diversos condicionamientos y estrategias.

Esta temática es, obviamente, la de la condición colonial pero sobre todo neocolonial de Centroamérica, un punto con el que este libro es insistente. El tema es retomado de planteamientos hechos de forma más o menos sistemática por la teoría de la dependencia en los años 60s y 70s (en textos de, por ejemplo, Edelberto Torres y Sergio Ramírez). Pero si el horizonte de los dependentistas era lograr una autonomía nacional que no había sido nunca realmente efectiva, el planteamiento de Rodríguez es posterior a esta solución que de cierta forma ha colapsado. De manera que la reiteración de la importancia de la imaginación territorial que el neocolonialismo realiza es colocada por este libro en un ambiente *post-*posterior, por tanto, a ese horizonte que se miraba tan próximo en los 1960s.

El hilo narrativo geopolítico y neocolonial en su proyección imaginaria da coherencia a la idea de Centroamérica. Obviamente, esto implica que no hay correspondencia entre los espacios tal como son imaginados y creados por la cultura, y las fronteras físicas y naturales. Más bien esta relación es tirante, contradictoria e incluso neurótica. Parece ser que Rodríguez retoma el aspecto geográfico para leerlo culturalmente. Pero, además, se trata de una lectura política, pues, no hay en este libro una segregación de la cultura que la asimile a la circulación de los mercados (como ha sido la tentación de una rama de los estudios culturales). Al contrario, la geografía y el territorio son interrogados con la historia y la memoria, o quizá mejor en plural: historias y memorias.

En textos como *Balcanes y volcanes* de Sergio Ramírez, ya se advertía que al índice remoto y aislado de Centroamérica se añadía una condición de exilio o peregrinaje de los creadores culturales. El libro de Rodríguez da una importante vuelta de tuerca a esta posición. Este exilio o peregrinaje de los creadores centroamericanos no es un recorrido encantado y meramente productivo, o que ponga a los creadores fuera de ciertas responsabilidades

históricas. Puede ser en algunos casos, más bien, un sitio de reproducción ideológica de las élites. Es el caso, por ejemplo, de los intelectuales asociados con la fundación de naciones oligárquicas cafetaleras, los intelectuales criollos que imaginan una Centroamérica cosmopolita y en disputa entre una nueva clase sofisticada pero impedida de hacerse del poder, y los Estados Unidos. Esto lo estudia muy bien el primer capítulo del libro, dedicado al entrecruce de caficultura e imaginación literaria en Costa Rica como caso típicamente centroamericano. Esta misma discordancia entre soberanía y poder geopolítico motiva la intervención cultural y política de la novela de las bananeras (estudiadas en el capítulo 2), que justamente Rodríguez llama un fenómeno *transístimico* y en el que sobresale la intervención política de la literatura. Aquí la separación ya no es la de una élite cosmopolita frente a una nación que no puede constituirse al estilo europeo, sino más bien la reacción ante la presencia *real* de la explotación del monocultivo y el enclave.

La relación entre monocultivo y testimonio es significativa en el análisis del capítulo 3, por cuanto reafirma una tradición centroamericana de querer localizar los sujetos nacionales en los sujetos subalternos. Aquí el contexto modélico es El Salvador, y fundamentalmente la novela *Cuzcatlán donde bate la mar del sur* de Manlio Argueta. Esta localización hecha ya dentro de un paradigma marxista revela otro tipo de separación: visible entre la narrativa que ha dado sentido a la realidad concreta (por ejemplo, la explotación del añil con mano de obra indígena y campesina) frente a la historia oficial. Se trata, pues, del intento de escribir una historia desde abajo. La pregunta de los intelectuales orientados por el marxismo es si se puede armonizar en la figura territorial de la nación esa “realidad concreta”, y es, como lo demuestra el libro, una figura fundamental de las narrativas testimoniales.

La finalización de los conflictos armados en los 90s (que no necesariamente puede considerarse la llegada de la paz) representa un quiebre fundamental de esas figuras coherentes que son buscadas con ansiedad por los creadores e intelectuales. Entramos a una época que podría llamarse alegórica, y que ocupa la otra mitad de libro de Ana Patricia. La descolocación o deslocalización sigue siendo el motivo fundamental, pero ahora se trata del trauma, de la cultura del inmigrante y cómo funciona la imaginación utópica/distópica en Centroamérica. El trauma es recolocado estratégicamente en la producción de narrativas maya

que articulan de forma espasmódica y alegórica el sufrimiento producido por la guerra contrainsurgente en Guatemala (cap. 4). Casi paralelamente la cultura centroamericana migrante se vuelve una realidad ya no exclusivamente literaria sino cultural. Es significativo, en este sentido, el análisis de la música, pintura, poesía, performance y narrativa producida por salvadoreños de Washington, el Departamento 15 (cap. 7). Definitivamente, son localizaciones y condiciones muy otras, ya no exclusivamente de los intelectuales orgánicos de la naciones como representantes morales de la realidad. Lo que sugiere el texto es que las culturas centroamericanas también son diaspóricas y requieren nuevas estrategias de lectura para dar cuenta de sus realidades, aún cuando este libro no idealiza la localización diaspórica como lugar esencialmente productivo y armónico de las culturas populares. Más bien, su sugerencia fundamental es que la diáspora también es colonial.

*Dividing the Isthmus* advierte, pues, que la condición migrante, exiliada o diaspórica de la cultura centroamericana es una condición de larga duración, y es una condición, además, política, adherida con fuerza a la imaginación de los territorios: es pues una especie de condición política de excentricidad que construye, sin embargo, centros significativos de identidad y arraigo. El de Rodríguez es, pues, un libro muy sugerente desde varios ángulos. Tanto por la estrategia de lectura del territorio centroamericano como por lo informativo y útil que resulta para la enseñanza de la cultura centroamericana. Es significativo, además, por la estrategia crítica que propone, influenciada sin duda por una especie de “giro geopolítico”, muy actual, en que las culturas ya no son consideradas esencias adheridas a un territorio, sino más bien construcciones imaginarias y contradictorias. Sin embargo, esta postura no implica una despolitización celebratoria, al contrario, su premisa podría ser el deseo de salir de una especialización atribuida a las culturas que se abstraía de ver que los contextos seguían siendo políticos.

Rodríguez, Ana Patricia. *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures and Cultures*. Austin: University of Texas Press, 2009. 291 pp.